

Un recurso elusivo del español de Chile: La deformación léxica orientada

Mario Ferreccio Podestá

El asunto que me planteo aquí no es una novedad ni como técnica de operación lingüística (esto es, como recurso del hablar) ni como objeto de análisis lingüístico (esto es, como tema de estudio); tampoco, por cierto, es un rasgo privativo del español hablado en Chile.

ANTECEDENTES BIBLIOGRÁFICOS

— Arcipreste de Hita.

De hecho, sobre ello hay publicado ya todo un libro, centrado justamente en el español; por otro lado, se han recogido nutridos testimonios que se consideran muestras indiscutibles del manejo de tal recurso ya en el latín de Cicerón, e incluso en griego. Un remoto ejemplo español se ha querido ver en texto tan temprano como el *Libro de buen amor*: allí el mastín, en su alegato contra el lobo, lo acusa de merecer la excomunión,

porque tiene barragana pública, e es casado
con su mujer doña loba, que mora en Vilforado
(337cd),

donde una interpretación, que viene desde María Rosa Lida, ve en *Vilforado* —que hasta entonces las ediciones escribían *vil forado*— un juego anfibológico en que la expresión vale tanto un topónimo meramente designativo (el actual *Belorado*), cuyos componentes se desprenden en tal función de su virtualidad significativa: *Vilforado* no es necesariamente un *vil forado*, como también un semantema de contenido plenamente vigente: 'hoyo indigno'; esto es, al paso que mantiene quizá costosamente a su barragana, el lobo tiene reducida a su mujer a un *vil forado*. Tal interpretación ha sido, en general,

aceptada, y Corominas la recoge y comenta en su edición en términos parecidos¹.

Pero no es éste exactamente un caso que entre en nuestro campo, tratándose, como ocurre, no de una deformación léxica, sino de un deslizamiento morfológico: la misma expresión funciona alternativamente como nombre (topónimo) y como semantema. Del mismo orden es otro ejemplo recogido también en Juan Ruiz, quien en la copla 121 juega con un doble valor de *cruz*: en cuanto nombre personal (de la enamorada) y en cuanto nombre común del símbolo cristiano:

Cuando la Cruz veía, yo siempre me homillaba,
santiguábame a ella doquier que la fallaba;
el compañero de cerca en la Cruz adoraba:
del mal de la cruzada yo non me reguardaba.

Más próximo a nuestro propósito, en cambio, es otro caso que figura allí mismo, según la versión que fijó para el Cejador; habla Don Amor y dice:

Pues Carnal es venido, quiero perder laceria:
la Cuaresma católica dola a Santa Quiteria
(1212ab)

Cejador anota: “*Dola a santa Quiteria, la quito de mí o me quito de ella*”, esto es *quitar* ← *Quiteria*, lo que nuevamente Corominas recoge: “*La doy a Sta. Quiteria ‘me la quito de encima’*, frase por alusión (lo que se ha llamado “floreo verbal”) a la aparente raíz de *Quiteria*, tal como *irse a Peñaranda ‘a empeñar algo’* o *estur en Babia ‘embabiecado’*”.

— Rodrigo de Reinosa.

Pero la interpretación del paso de Juan Ruiz no es enteramente segura, de modo que para exhibir casos tempranos del procedimiento prefiero anotar un par de ejemplos tomados de las *Coplas de las comadres*, de Rodrigo de Reinosa, escritas, quizá, por 1480.

Ambos poseen el mismo campo de referencia y uno de ellos, al menos, ha tenido una nutrida difusión internacional. Prometiéndose un rapto de lúbrico solaz con sus entendedores, las comadres hacen consideración de sus maridos:

¹Cf. MARÍA ROSA LIDA, “Notas para la interpretación, influencia, fuentes y texto del *Libro de buen amor*”, RFH, II (1940), 105-150: 148, y Joan Corominas (ed.), Juan Ruiz, *Libro de buen amor* (Madrid, Gredos, 1967), p. 156; en el mismo sentido Giorgio Chiarini en su edición (Milano-Napoli, Riccardo Ricciardi, 1964), p. 67.

Y enviémoslos a Jarama
 los maridos a que cuquen,
 porque los amoruquen
 los toros allá en la brama;
 pues no son para en la cama,
 váyanse para Cervantes
 como otros sus semejantes,
 pues ellos causan su fama,

donde *Cervantes* ← *ciervo* 'cornudo' (por los cuernos del ciervo); es decir, *irse para Cervantes* vale 'quedar por cornudo'; claro que todo el pasaje se mueve en un plano metafórico: *Jarama, toro, cucar* (*cuco* = *cuculillo*, 'cornudo').

Más adelante una comadre se queja de la indiferencia de su marido:

Mi marido bien me calla
 a todo cuanto porfiase,
 do, comadre, creed sin falla
 yo le enviase a Cornüalla
 e con yerbas lo matase,

donde *Cornualla* (Cornuailles) ← *cuerno* o *cornudo*, esto es, *enviar a Cornualla* 'hacer cornudo'².

— Gonzalo Correas.

Y no sólo la utilización del recurso viene de antigua, sino también la conciencia objetiva del mecanismo que lo comanda. Tanto es así, que un Gonzalo Correas nos ha dejado todo un tratadito sobre el procedimiento en la forma de un comentario a uno de sus refranes, de extensión absolutamente desusada en él, que ocupa más de media página. A raíz del refrán *Al buen callar llaman Sancho; al bueno bueno, Sancho Martínez*, Correas apunta una larga glosa, que en su parte final —y medular para lo que nos interesa— pone:

Demás desto, en la lengua española usamos mucho la figura "paronomasia", ke es semexanza de un nombre a otro, para usarle por él; i así dezimos: "Es de Durango", para dezir que es duro, apretado i eskaso; i ke "está en Peñaranda" una kosa, para dezir

²Cf. RODRIGO DE REINOSA, *Coplas de las comadres*, en *Pliegos poéticos góticos*, III (Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1958), pp. 248 y 260. Inés Chamorro Fernández insiste en poner con minúscula los topónimos Cervantes y Cornualla en su edición de las coplas (Madrid, Taurus, 1970, pp. 38 y 65), lo que parece indicar que no entendió el juego.

ke está empeñada; i ke “es ladrillo”, para llamar a uno ladrón; “más natas”, por “más nada”; “bukólíka”, por lo ke toka al komer, por lo que tiene de boka; “e pada de Makeda”, por la ke se keda con buelta doblada o torzida komo kaiado.

Se trata, por cierto, de una descripción correctísima —incluso en el aspecto terminológico: paronomasia— superior a las acotaciones mucho más modernas que se han hecho por la total pertinencia de los ejemplos aducidos, en los que —a no ser el caso hoy no enteramente transparente de *Makeda*, que quizá envuelva un problema de transmisión textual— Correas ve con claridad la transformación *duro* ← *Durango*, *empeñar* ← *en Peñaranda*, *ladrón* ← *ladrillo*, *boca* ← *bucólica*³.

LEXICALIZACIÓN DE LOS TÉRMINOS

— Escalona)

No hay, pues, nada nuevo; incluso los productos de tal recurso han podido llegar a lexicalizarse, como síntoma de su conocimiento desde antiguo, al punto de pasar a los diccionarios como lexemas directos, sin referencia a su valor metonímico. Así, por caso, *Escalona* y *pagano*, que figuran con los valores de ‘escalador de paredes’ y ‘el que paga’ en el propio diccionario de la Academia, mostrando nítida su conexión con *escalar* y *pagar* respectivamente. Claro que estos dos ejemplos nos conducen incidentalmente a la discusión del valor de testimonio del *Diccionario* académico en cuanto a la vigencia real de valores léxicos como los anotados.

Escalona, por un lado, figura allí imputado a la “germania”. esto es, a una jerga del bajo fondo español, y ya aquí uno se pregunta en virtud de qué méritos se recoge en un registro precisamente “académico” una voz de tal naturaleza. Como es de presumir, la razón inmediata de la inclusión de esta voz, no obstante su caracterización vulgar, asienta en su vieja tradición lexicográfica; es decir, es posible rastrear hacia atrás su presencia en los lexicones, hasta llegar al *Vocabulario de germania*, impreso a nombre de Juan Hidalgo en Barcelona, en 1609, fuente ésta de donde la voz pasa al *Tesoro de las dos lenguas francesa y española* (París, 1616), de César Oudin (que trae “muchas palabras pornográficas que no se encuentran en otros diccionarios”⁴) y luego se vierte en el río académ-

³Cf. GONZALO CORREAS, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. de Louis Combet (Bordeaux, Institut d’Etudes Ibériques et Ibéro-Américains, 1967), p. 41 (p. 26 en la ed. académica de Madrid, 1927).

⁴Según el enternecedor juicio del Conde de La Viñaza en su *Biblioteca histórica de la filología castellana* (Madrid, Manuel Tello, 1893), p. 742.

mico a partir del propio *Diccionario de "Autoridades"* (1726-1739), el cual al incluirla en sus páginas le confiere una autoridad y dignidad que la voz no traía de suyo. Con el diploma otorgado por aquel registro de autoridades, *Escalona*, "Voz de Alemania que significa Escalador de paredes y de casas", adquiere el derecho a un lugar perpetuo en el diccionario académico, que conserva celosamente hasta hoy. Ahora bien, la tolerancia del primer diccionario de 1726 en acoger un repertorio jergal como el de la vieja germanía ha de explicarse no tanto, o no tan sólo, por el ejemplo de Oudin, antes bien por el hecho de que el *Vocabulario de germanía* aquel se había publicado inicialmente como glosario a los *Romances de germanía*, esto es, como instrumento auxiliar para la lectura de piezas literarias impresas. Es este papel, en realidad, lo que dignifica ante los ojos de los primeros académicos ese registro jergal: servía para la lectura de autores pertenecientes a un pasado estimado en conjunto como ejemplar. Tal criterio de autor-autoridad: la pertenencia a un pasado selecto ejemplar, subsiste con total vigencia hasta hoy en la corporación madrileña y nutre las páginas de su gran diccionario con un caudal léxico fuera ya de circulación⁵.

De modo, pues, que más bien que testimoniar la vigencia de uso actual de una voz como la nuestra con el valor que interesa, lo que nos da verdaderamente el diccionario académico con *Escalona* ← *escalar* es una nueva muestra de la antigüedad del procedimiento que nos preocupa, documentado en este caso ya en 1609. De hecho, los registros que recogen el léxico que se estima vigente hoy —como ser el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, el *Diccionario del español moderno*, de Martín Alonso— no traen *Escalona* ← *escalar*.

(— Pagano)

También *pagano* ← *pagar* arranca su raíz lexicográfica del diccionario "de Autoridades", donde también trae una acotación sobre su esfera de uso: "En este sentido, es del estilo jocosos y familiar". Es ésta una caracterización propiamente estilística antes que dialectal, y ello está en conexión con hechos muy decisivos: la voz ha sido tomada por "Autoridades" no de un registro jergal, como *Escalona*, sino de una obra de autor culto: la *Casa de locos de amor* (1608), de Quevedo; los diccionarios modernos, aparte del de la Academia,

⁵Lo dicho no envuelve necesariamente una censura; el concepto y génesis de *español ejemplar* o *modelo superior de lengua*, así como el papel que cumple a la Academia Española en relación con aquél lo expondré luego en mi libro *El español que hablamos*. Para el carácter del viejo diccionario y su Academia puede verse mi "La Real Academia Española. Teoría e historia", *Mapocho* (Biblioteca Nacional), 11/1 (1964), 234-244, que ya no escribiría.

dan constancia de su persistencia en el uso: así María Moliner y Martín Alonso. Nuevamente, pues, la Academia nos refiere a un remoto pasado, incluso anterior al de *Escalona*, con la diferencia de que ahora hay una vigencia del uso, que podemos verificar, si no por constancia lingüística directa (francamente en nuestro medio no se escucha *pagano* ← *pagar*), sí por la vitalidad de un derivado suyo siempre actual: *Paganini*, 'quien paga los gastos ajenos', viene no de *pagar*, sino de *pagano*.

Esto es, la específica fuente documental de *pagano*, un texto "literario", aparece en inmediata relación, más o menos paladina o latente, con niveles lingüísticos decorosos, al paso que *Escalona*, tomado de una fuente puramente jergal, sobrevive artificialmente sólo en la línea del registro que lo lanzó a la circulación lexicográfica⁶. Debe quedar claro en este punto que, por razón de la vitalidad del procedimiento que nos ocupa, un *Escalona* ← *escalar* puede efectivamente estar en circulación, ya sea por haber sido recreado una y otra vez (a lo que invita el fácil deslizamiento de una a otra forma) o por haber perdurado sin decaer en el cerrado círculo de una lengua especial del bajo fondo, de donde no se nutren los diccionarios que aspiran a registrar el uso vigente.

El testimonio del diccionario académico, pues, no vale por sí solo para confirmar la lexicalización final de creaciones como las que tenemos delante; sólo la prueba adicional de otros registros independientes aseguran, en el caso de *pagano* ← *pagar*, que ello ha ocurrido. Pero es suficiente, sí, para confirmar la difusión generalizada de formaciones léxicas de ese tipo.

— Rufino José Cuervo.

Siendo así, es muy natural que no haya escapado a la atención de los estudiosos, digamos, modernos la existencia del recurso; antes bien, podría uno registrar sobre ello una bibliografía relativamente nutrida, aunque en su mayor parte consistente en referencias puntuales dentro de obras heterogéneas.

⁶Es posible encontrar *Escalona* también en alguna otra recopilación marginal que continúa trayendo hasta hoy el material del antiguo *Vocabulario de germanía*, como ser el peregrino "Diccionario de la jergonza" incluido en un *Manual del detective*, de comienzos de siglo, cuyo autor, para montar un elenco del vocabulario delictual chileno, dio en la flor de escarbar en el diccionario académico y entresacar de él las voces tildadas allí de germanescas. Cf. Henri Abbondati. *Manual del detective* (Santiago, La Universidad, 1918), pp. 223-255. Historia muy semejante a la de *pagano* puede rastrearse para *bucólica* ('comida') ← *boca*, prestigiada nada menos que por Cervantes y Lope de Vega y cuya tradición lexicográfica se inicia con "Autoridades". Cf. Carlos Fernández Gómez, *Vocabulario de Cervantes* (Madrid, RAE, 1962).

Ya en 1867⁷ recogía Cuervo una observación en sus *Apuntaciones*, que denota su percepción justa de este procedimiento transformativo, con lo que se le abría la virtualidad de penetrar el sentido de toda una parcela de creaciones: “Algunas veces acude el eufemismo a la deformación del vocablo o bien al empleo de otro de igual principio o terminación”, y a continuación anotaba de ello ejemplos como los siguientes: *diacaballo* (de *a caballo*) ← *diablos*, *perica* ← *pea* (‘borrachera’), *siete* ← *sieso*, *caramba*, *carachas*, *canario*, *cáscaras*, *caracoles*, *carrizo* ← *carajo*, *sin Jerónimo de duda* ← *sin género de duda* (§ 672).

Antes había escrito en párrafo aparte (§ 518):

Muchos bogotanos dan a las siguientes voces de la primera columna la significación de las de la segunda, o bien las acomodan a ella, diciendo (las palabras que van entre paréntesis explican el valor propio de cada forma):

| | | |
|-------------------------------------------------------|-----|----------------------------------------------------------------------|
| <i>A costilla</i> de alguno | por | <i>a costa</i> de él (pagando él) |
| <i>Fondeado</i> (anclado) | ” | que tiene <i>fondos</i> (dinero) |
| <i>Sólido</i> (firme, macizo) | | <i>solo, solitario</i> |
| <i>Zacatin</i> (plaza o calle en que se venden ropas) | | alambique, destilatorio para <i>sacar</i> aguardiente ⁸ . |

— Baldomero Rivodó.

Señalado así el hecho por una figura de gravitación arrolladora en la filología americana de profesionales y aficionados, otros podrían repetir ahora el descubrimiento, aplicándolo a su propio campo

⁷Es la fecha de la primera edición de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, con frecuente referencia al de los otros países de Hispanoamérica; cito por la novena edición, de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1955.

⁸Como se verá luego, no todos los casos anotados en uno y otro lugar por Cuervo son pertinentes; por ejemplo, del 518 hemos entresacado los solos cuatro casos seguros de los trece estampados allí. El de *costilla* ← *costa* de *costar*) ofrece, por su parte, una complejidad particular. *Costilla*, ‘caudal, haberes’, está registrado desde antiguo: Covarrubias (1611) pone: “Algunas veces significa el caudal que uno tiene para ajustarle con el gasto”; en igual sentido luego Correas (h. 1615): “*Tiene kostilla*: por ‘hazienda i dinero kon ke hazer gasto o empleo’” (p. 734), “*Pégasse. Pégasse a las kostillas*: por ‘ser de lasto’. “Pegóseme a las kostillas” kéxase el ke de su hazienda lastó y se le pegó kosta” (p. 721), también, quizá, “*Sakar de las kostillas*: kuando se saka a uno kon fuerza ke lo siente mucho” (p. 668). De aquí pasa a la corriente lexicográfica académica (desde “Autoridades” hasta la versión última de 1970). Ello supondría que la deformación *costa* (de *costar*) ← *costilla* viene de cuatro siglos atrás; lo cual es perfectamente posible, dado que hemos comprobado ya una temprana utilización del procedimiento transformatorio en español; más difícil me parece,

de atención, llegando a convertirse en un tópico común. Así, por caso, poco después de Cuervo un Baldomero Rivodó recogía en 1889 entre sus "venezolanismos":

Fondeado. Por 'acaudalado' (← *fondos*).

Calabrote. . . *calavera*: 'hombre de poco juicio y asiento'. Es una versión parónima de voces.

Galindo. En estilo jocosos llaman *galindo* el mal *gálico*. Esta es una versión parónima de voces.

Naranjas. Se usa en el sentido de negación, o sea por decir *nada*. . . Esto es una versión parónima de voces⁹.

Y en términos parecidos se expresan muchos otros que escribieron después.

— Oreste Plath.

Viniendo a tratamientos más específicos y recientes, cumple retener el trabajo "Apellidos que son refranes", que Oreste Plath publicó en 1962 como capítulo de su *Folklore chileno* y repitió al año siguiente en forma independiente en el *Almanaque 18*, sin las "notas complementarias" anteriores¹⁰. Registra allí 53 antropónimos, algunos artificiales ("anómalos, es decir, apellidos inventados", los llama, p. 26), observando antes, entre otras cosas, que

Valiéndose de ciertos nombres y apellidos, el pueblo emplea como refranes nombres y apelativos que se prestan, por su semejanza, eufonía o contenido, para representaciones o hechos que pasan a ser frases acertadas y gráficas (p. 25);

tales son, por ejemplo,

en cambio, presumir que *costilla* se haya formado como derivado con sufijo diminutivo tanto a partir de *costa* (de *costar*) como, independientemente, a partir de *costa* (de *costado* 'lado'), en circunstancias de que con este segundo valor existía ya desde el siglo xii. *Costilla*, 'la mujer propia', que se ha solido conectar difusamente con el valor que discutimos, interpretando por esa vía expresiones como *vivir a costillas de otro*, es una metonimia muy posterior: "siglo xix y xx" pone Martín Alonso. Incluso la vieja explicación que se le ha dado: "alusión a la circunstancia de haberse formado la mujer de una *costilla* del hombre", en los términos de Ramón Joaquín Domínguez (*Diccionario nacional*, Madrid, Mellado, 1860⁸), bien puede ser una asociación postiza tardía, debiéndose, creo, conectar mejor *costilla* 'mujer propia', con *costilla* 'gasto' (← *costa*, de *costar*). El uso que Cuervo detectaba en los bogotanos de mediados del siglo pasado no era, en ningún caso, pues, una novedosa ocurrencia de ellos.

⁹Cf BALDOMERO RIVODÓ, *Voces nuevas en la lengua castellana* (Paris, Garnier Hnos., I 89), pp. 248, 251, v 255; cp. p. 266.

¹⁰Cf. Oreste Plath, *Folklore chileno* (Santiago, Platur, 1962), pp. 25-29, y "Nombres que son refranes", en *Almanaque 18* (Santiago, Fermo-Química del Pacífico, 1963), pp. 45 y 50.

Arturo, por al momento (← *al tiro*)
Tranquilino, por tranquilo
Getulio, por jetón
Porfirio, por ponfiado
Granifo, por graniento
Riquelme, por ser rico
Poblete, por pobre de solemnidad
Vivaceta, por ser vivo.

— Pedro Lira Urquieta.

Vo es un azar la atención puesta aquí en los antropónimos como exponentes del recurso que estamos considerando: veremos que es un campo de formas particularmente productivo de elusiones. De algún modo lo vio también Pedro Lira Urquieta en “El vocablo *Paganini*”, aparecido en *El Mercurio* del 23-xii-71, p. 3, donde recuerda, citando la Enciclopedia Espasa, que “es un apellido italiano con el cual, por gracia, suele designarse al que paga por otro, o pagano”. Pero lo verdaderamente significativo es que esta línea onomástica dio materia para el tratado monográfico más extenso y ólido sobre nuestro procedimiento.

— Werner Beinhauer.

El propio Werner Beinhauer, junto con registrar como ejemplos de eufemismos los casos

cascajo ← *carajo*
puñales ← *puñeta*, ‘masturbación’
peinetas ← *puñeta*,

observa cómo

Wagner llamó la atención sobre el uso muy extendido de eufemismos derivados de nombres de lugar o de persona, tanto reales como imaginarios, cuyas primeras sílabas respectivas se aproximan a lo que el hablante quiere decir en verdad

y anota:

hubo las de San Benito de *Palermo* (← *palo*) ‘hubo palos’
llevar a *Capadocia* (← *cañar*) ‘llevar a cañar’¹¹.

¹¹Cf. WERNER BEIHAUER. *El español coloquial* (Madrid, Gredos, 1963), pp. 143-145.

Las dos contribuciones más meritorias sobre nuestro tema son el libro de Henry N. Bershas, *Puns on proper names in Spanish*, a que aludíamos, y el artículo de Esteban Rodríguez Herrera, "Derivación semántica festiva", aparecidos con pocos años de diferencia.

— Henry N. Bershas.

El contenido de Bershas está claramente descrito por su título: "juegos de palabras con nombres propios en español" —si bien incluye casos que no son propiamente antropónimos ni topónimos: *derecho*, *Digesto*—, de los que enumera hasta 252 casos, ilustrados con ejemplos tomados de la literatura española del Siglo de Oro, en su mayoría, preferencia que Bershas justifica por la proclividad a los malabarismos lingüísticos en que consiste el barroquismo culminante en el siglo xvii:

That word plays should be most abundant in a period when the baroque in literature was at its height is not surprising, nor is it surprising that the authors quoted most frequently in the pages that follow are Tirso, Góngora, Quevedo, and Quevedo's satellite, Polo de Medina (p. 15).

En la "note introductive", Bershas reúne, además, datos útiles sobre los precedentes del procedimiento en español y también en otras lenguas, incluso las clásicas, y lo describe impresionistamente: "depend upon the similarity in sound between an element of the proper name and some common word or phrase" (p. 2). Por el volumen de casos recogidos y por la limpia selección del material (excluye, por ejemplo, los nombres facticios), la colección de Bershas es, en su campo, la contribución más valiosa, si bien susceptible de observaciones en el plano de la coherencia teórica (se recogen casos que consisten en la simple polisemia de una misma voz); como muestra de su cosecha puede retenerse este ejemplo, tomado de Calderón (*La vida es sueño*), que ha gozado de cierta celebridad, donde

Nicomedes ← *ni comer*
niceno (de Nicea) ← *ni cenar*:

Porque aquí todos los días
al filósofo parezco
Nicomedes, y de noche
soy el concilio niceno¹².

¹²Cf. HENRY N. BERSHAS, *Puns on proper names in Spanish* (Detroit, Wayne State University, 1961); el ejemplo citado aparece en la p. 79.

— Esteban Rodríguez Herrera.

“Derivación semántica festiva”, de Esteban Rodríguez Herrera, aspira a una mayor generalidad en la consideración del recurso elusivo, tanto por la variedad morfológica de los casos recogidos, como por su más amplia abstracción en la caracterización del fenómeno: se trata de

derivaciones, que nosotros llamamos así porque nacen de otras del propio idioma; y les damos el calificativo de *semánticas* debido a que envuelven el mismo significado de las voces de donde se originan; añadiéndoles lo de *festivas* porque no se enuncian sino en tono festivo por lo general, o alegre, cuando se está del mejor humor en la charla corriente o familiar (pp. 434-35).

Ello le permite identificar cómo del caso, ejemplos tan diversos como

en Baracoa ← *embarazada*
peseta ← *pesado*
sobrino ← *sobras*
Ciriaco ← *sí*¹³.

SUMARIO Y PROPÓSITO

Vista, pues, la sostenida atención puesta desde antiguo en nuestro asunto tanto en su tratamiento descriptivo como en la acumulación de ejemplos, uno bien puede preguntarse sobre la necesidad de plantearlo nuevamente ahora, considerada, además, la limitación puntual del procedimiento en sí mismo. Lo cierto es que toda la literatura pertinente hasta hoy adolece de una falla central, cual es la carencia de una visión coherente superior que construya un cuadro en que se inserte el procedimiento, de forma que éste adquiera una clara definición y una delimitación de su campo propio. Tal falta se traduce ora en la ceñida restricción de los ejemplos puestos delante, en unos casos, ora, por el contrario, en la desmadejada heterogeneidad de ellos, en otros. Esto es, por un lado se limita el campo a los meros nombres personales, e incluso, dentro de ellos, a los solos apellidos (patronímicos) (Bershas, Plath); por otro, se mezclan productos que son fruto de técnicas muy diversas de deformación léxica, como se aprecia en toda la tradición del tema. Así, por caso,

¹³Cf. ESTEBAN RODRÍGUEZ HERRERA, “Derivación semántica festiva”, en *Lengua, literatura, folklore: estudios dedicados a Rodolfo Oroz* (Santiago, Editorial Universitaria, 1967), pp. 433-438.

aduciendo dos momentos cronológicos extremos, Cuervo anota en una misma línea con los ejemplos suyos citados antes:

consumir (extinguir) por *sumir* (sumergir)
latente (oculto) " *latiente* (palpitante),

que son triviales solecismos, y Rodríguez Herrera

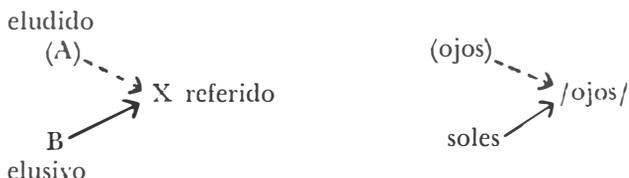
arranquitis
mieditis
durañona
vajanco,

que son deformaciones caóticas.

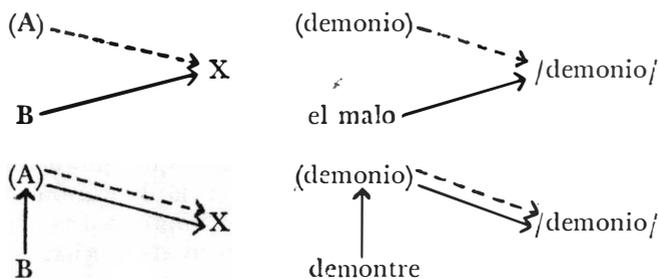
La amplia vitalidad del recurso, así histórica y geográficamente como en su frecuencia de empleo, justifica también que procuremos una comprensión tanto de su mecanismo específico como del lugar que ocupa en una teoría general de la elusión léxica.

LA ELUSIÓN Y SUS CLASES

La elusión es una energía onomatopoyética básica, esto es, una fuente fecunda de creación de nombres nuevos. Consiste en el reemplazo del nombre propio de una cosa por otro nombre de igual virtud referencial que el primero, esto es, que hace referencia al objeto con la misma eficacia que su nombre propio. Por economía terminológica, en esta operación podemos designar al nombre propio *eludido*; al nombre nuevo, *elusivo*; al objeto, *referido*, y representar el mecanismo con el siguiente esquema, donde el paréntesis señala la suspensión de la función referencial del eludido, que pasa al elusivo al ser reemplazado por éste, y las barras diagonales el contenido circunstancial del referido:



Su referencia al objeto el término nuevo puede hacerla ora directamente, hacia la sustancia del referido, ora indirectamente, vía una evocación del nombre propio eludido:



En el primer caso —digamos, de *elusión interna*— tenemos una *heteronimia*, esto es, la creación de un nombre nuevo verdaderamente diferente; aquí intervienen los procedimientos característicamente metafóricos, que la retórica engloba en el apartado “figuras de palabras”.

En el segundo caso —digamos, de *elusión externa*— tenemos una *deuteronimia*, es decir, un como desdoblamiento del nombre propio, que genera de sí un duplicado parcialmente diversificado; ahí operan los múltiples modos de transformación morfológica.

EL VALOR DE ELUSIÓN

La elusión es sintácticamente una sustitución, esto es, el trueque de un nombre por otro de pareja función referencial. Pero en la elusión se incorpora con el elusivo un valor suplementario que sustrae a los miembros en juego de lo que sería un mero ejercicio sinonímico: es, justamente, el *valor de elusión*, esto es, la constancia de que el término elusivo no es el nombre propio del objeto, y que está puesto allí con la mira intencional de eludir ese nombre propio.

En esta ecuación, está entendido que el nombre de una cosa no es una mera etiqueta accidental y contingente adherida artificialmente a ella, sino que existe entre la cosa y su nombre una necesidad recíproca y se apelan mutuamente: el nombre fluye de la cosa al mismo tiempo que ésta es demarcada e individualizada por aquél. Por ello es pertinente que hablemos aquí de *nombre propio* (es el que le compete de suyo a la cosa) y empleemos ese mismo nombre propio para explicitar el contenido del referido: los ojos *son* efectivamente los ojos y *se llaman* propiamente *ojos*.

Sólo con tal articulación es como adquieren su virtualidad connotativa los distintos procedimientos de elusión. En la vieja metáfora, por caso, de *soles* para */ojos/*, el término *soles* se carga con todo un potencial de significación desde el momento en que no es el nombre propio de los ojos y está en esta nueva función precisamente para eludir la opacidad de aquel nombre propio, aportando

una conjunción de valores emotivos que le vienen de su carácter de ser el nombre propio de otra cosa.

En un caso así, la elusión está gobernada por el propósito de hacer entrar hiperbólicamente en la mención estimaciones sobre el brillo, deslumbramiento, imperio, magnitud, etc., atribuidos a los ojos o a ciertos ojos. Son éstos rasgos puntuales que, junto con una constelación de otros rasgos, pueden entrar en la definición del sol, pero que el sujeto no analiza al aprehender impresionistamente de una vez y como un todo ese objeto ni tampoco al escuchar el nombre propio de aquel usado en su función referencial inmediata: a la voz *sol*, se evoca nuestro astro como una totalidad continua, sin cualidades diferenciadas; mas, al utilizarse ese nombre como término elusivo en una operación metafórica, son precisamente aquellos rasgos puntuales los que adquieren relevancia, al paso que se nubla la función referencial propia. Hay, pues, un cambio de acento en el deslizamiento metafórico de nombre propio a término elusivo, que va de referencia global a rasgos puntuales, al tiempo que el elusivo adquiere un nuevo valor referencial circunstancial, que propiamente pertenece al término eludido.

En la elusión metafórica, pues, el valor de elusión trae aparejado un plus o valor agregado de estimaciones apreciativas, que aporta el término elusivo consigo y motiva la elusión.

EL NOMBRE PROPIO

El carácter de nombre propio de un término viene dado por la aceptación del uso y, específicamente, por la condición de ser el miembro eludido en un caso de elusión; esto es, la circunstancia de figurar como término que se elude revela su carácter de nombre propio de un referido. Ello, que podría parecer una tautología (eludido = nombre propio) resulta ser el único criterio operante para identificar el nombre de una cosa en un juego de sustitución, dentro de la general polinimia que impera en las lenguas históricas; es decir, la existencia de un término que se elude lo califica automáticamente como el nombre propio e implica que no estamos ante una mera opción sinonímica de nombres intercambiables equivalentes: uno es el nombre y el otro un sustituto. Ello trae aparejada una red de virtualidades, junto, por cierto, con un haz de cuestiones, que conviene dilucidar.

Desde luego, envuelve ello el que no resulte siempre inmediatamente evidente el rango de nombre propio, del mismo modo como no siempre es inmediatamente evidente la presencia de un caso de elusión. Es decir, coexistiendo en una lengua distintos nombres de uso para una cosa distribuidos tanto geográfica como socioculturalmente, no siempre me es posible decidir si en un caso concreto me

hallo ante un nombre propio usual o ante un sustituto que tiene valor de elusión para sus usuarios: quien escucha de fuera nuestro "Voy a *Pichil*" no podrá saber al pronto si está ante un mero nombre de léxico vigente entre nosotros para 'el acto de orinar' o si ello comporta un juego elusivo. Tal es así, que términos puramente elusivos ingresan a los diccionarios oficiales como simple hecho léxico, como es el caso de *pagano*, antes mentado, que uno halla recogido en el diccionario académico.

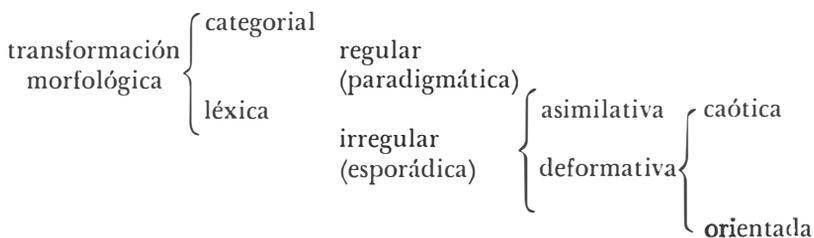
En el caso de la que hemos llamado elusión interna, esto es, de creación metafórica, la identificación exacta del nombre propio no es siempre totalmente obvia pues éste queda desplazado en su integridad en la operación; la existencia de un caso de elusión viene señalada allí por el propio término elusivo, al figurar en un campo simbólico que no le es rectamente propio; en buenas cuentas es el contexto total (que puede quedar reducido al límite de un mero calificativo que circunscribe el campo simbólico y detecta un uso metafórico: "las *perlas* de su boca") el que delata el uso de un término en sentido metafórico, como sustituyendo a un nombre propio. "Se dio tan tremendo golpe en el *zapallo* que casi se lo quebró" muestra a las claras que *zapallo* no es nuestro conocido fruto; si el eludido es justamente, según el uso, *cabeza* o *testa* o *coco* no es posible al pronto determinarlos; pero como es el caso que en el análisis de estas creaciones el referido se mienta con propósitos de simple identificación y dentro de una nomenclatura neutra, se recurre al registro léxico de la lengua ejemplar y podemos decir que *zapallo* está por *cabeza*, que es su nombre propio. No se escapa, por cierto, que en esta misma línea es posible llegar a extremos tales como las alegorías, donde las complejidades de identificar el referido y su nombre se tornan a veces insuperables por la sostenida mantención del elusivo en su propio campo simbólico, donde se entreteje con toda una red de expresiones también elusivas, sin que en ningún momento se trace un puente iluminador que conecte el plano simbólico de la elusión con el del eludido. Las vías de acceso son aquí puramente laterales (entorno histórico cultural), y no es infrecuente que tales alegorías queden en el misterio, si bien dando netos síntomas de que el todo envuelve una elusión. Es conocido, a este propósito, el caso de los *Denuestos del agua y el vino*, segmento de una composición poemática del siglo XIII, que trae confundidos en su alegoría valores aún impenetrables.

En el caso de la elusión externa, la identificación del nombre propio es técnicamente automática, pues viene incluido (gráficamente podríamos decir también "envuelto") en el elusivo; aquí es claramente su carácter de término eludido, delatado por la forma del elusivo de suyo, el que le confiere el rango de nombre propio del referido; un "Esto sí que es trabajar *de baldosa*" no ocultará a

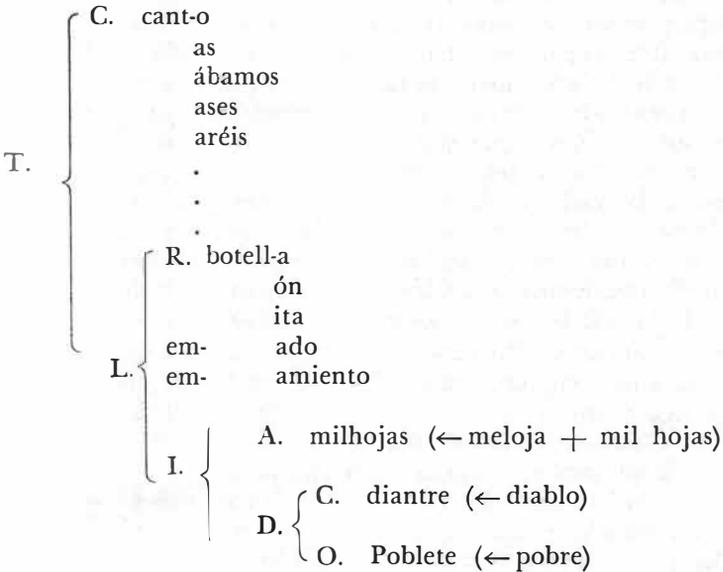
nadie que sustituye a *de balde*. Las dificultades de identificación surgen más bien por otro conducto; desde luego —a pesar de la que parecería total transparencia de la elusión externa— la presencia de una elusión no es siempre tampoco aquí inmediatamente evidente. Aparte las limitaciones en el conocimiento del léxico de uso, ya mentadas, dase el caso de elusiones de contornos muy sutiles: “Ese que está allí es *marinero*” no sería inmediatamente asimilado a *maricón*; por otro lado, una elusión externa puede aparecer al extremo de una cadena de elusiones de distinto signo, lo que oscurece el vínculo entre el elusivo y el referido; *botón*, por caso, se conecta con /policía/ a través de una sinécdoque previa *bota* (nuestros carabineros la portaban como elemento característico de su indumentaria); esto es, antes de llegar a *botón* ‘policía’ deberíamos pasar por *bota* ‘policía’ que comporta un juego metafórico que no todos conocen. En todo caso, siempre queda que, al certificarse la presencia de una elusión, el término eludido cumple el papel de nombre propio.

LA TRANSFORMACIÓN MORFOLÓGICA Y SUS CLASES

La elusión externa se materializa en diferentes procedimientos de transformación morfológica. Los modos de esa transformación abarcan una amplia gama que, partiendo por caso de *gordo*, va desde *gordazo* hasta *gordemi*, y, si bien podría sostenerse que, técnicamente, todos ellos comportan un mecanismo elusivo (de algún modo *gordazo* elude el simple *gordo* por insuficientemente expresivo, al mismo tiempo que se apoya en su existencia para imprimir su valor diferencial), hay un ancho margen de distancia en la intención propiamente elusiva conectada con unos y otros modos de transformación. Por ello, para ubicar el lugar que ocupa dentro de ellos el recurso que examinamos, conviene establecer una clasificación orgánica de las transformaciones morfológicas, tal como la muestra el siguiente esquema:



Su sentido se manifiesta en el siguiente cuadro de ejemplos, que sigue el molde del esquema clasificatorio:



LA DEFORMACIÓN LÉXICA ORIENTADA

— Diferenciación.

Así, pues, nuestro recurso aparece, con una denominación sintética —a cambio de “transformación léxica irregular deformativa orientada”—, como una *deformación léxica orientada*. Se distingue:

a) De la deformación caótica en que ésta se detiene en la deformación en sí misma con vistas a la pura desfiguración del término afectado, sin que el producto se sujete a una regla operacional ni a moldes previos; tal resultado se obtiene por el trueque o aditamiento de ciertos componentes sonoros elegidos caprichosamente al azar (*recórcholis, miéchica, clarimbamelo*); algunos de esos segmentos suelen reaparecer en diferentes, en distintas deformaciones (*diantre, demontre*), pero sin constituir clase ni tener otro valor que la desfiguración en sí (tal segmento recurrente no está asociado a un contenido que se haga presente cada vez que el segmento se repite);

b) De la transformación asimilativa en que, si bien ésta apunta hacia la obtención de un determinado producto definido como fruto de la operación de transformación, su mira es obtener una motivación descriptiva que asocie explícitamente el término afectado con el referido o contenido, en condiciones de que tal vínculo no

existe ya o está muy oscurecido para el hablante que realiza la aproximación. En el ejemplo del cuadro, la expresión *torta de meloja* —nombre de un manjar consistente en varias capas muy delgadas y superpuestas de masa (hojaldre), alternadas con untaduras de meloja (un preparado a base de miel)— enturbió su conexión con la torta dicha cuando la untadura o relleno fue reemplazado por otros preparados (hoy casi privativamente “manjar blanco” entre nosotros), de forma que *meloja* no mostraba ya su vínculo con el referido, pero bien podría interpretarse ahora como referencia estropeada a las varias capas u *hojas* que componen la torta: *mil hojas*; de este modo, la transformación del nombre original conduce a asimilar etimológica y lexicogenéticamente ese nombre a otras voces que implican una descripción del objeto referido: es el mecanismo de lo que ha solido llamarse la “etimología popular”¹⁴;

c) De la transformación regular en que ésta se vale de un elenco de formantes de contenido establecido y de reglas de operación estables, pertenecientes uno y otras al fondo gramatical de la lengua; de ese orden son los modos de derivación mediante afijos, como es el caso de la sufijación: tanto el repertorio de sufijos disponibles y su valor semántico, como los mecanismos para unirlos a los radicales y transformarlos generando nuevas voces están previamente establecidos en la lengua; entran aquí también los modos de composición léxica por la vía de la unión de dos o más palabras: *pegalotodo*;

d) Se distingue, en fin, de la transformación categorial o flexión en que las variaciones a que se someten las voces en este último caso no tienen dimensión léxica sino puramente gramatical, incorporando las voces, con la alternancia de ciertas marcas distintivas, al cuadro de las categorías morfosintácticas que configura el campo en que aquellas voces pasan a tener valor simbólico actual; a este plano pertenecen, desde ya, las marcas de las categorías de primer grado, que alojan a las voces en clases tales como “sustantivo”, “verbo”, etc., con que se determina el área de empleo sintáctico que han de tener: *blando*, *ablandar*, *blandamente*, etc.

— Caracterización.

El procedimiento de elusión que venimos considerando tiene un lugar específico en el haz de transformaciones morfológicas, como

¹⁴Como lo muestra el caso de *mil hojas* (paso del relleno a la figura del referido), la transformación asinilativa o “etimología popular” comporta de norma un deslizamiento de la facultad descriptiva del nombre de uno a otro rasgo del objeto. *Cerrojo*, cuya versión etimológicamente originaria *berrojo* hacía referencia, a partir del latín *veruculum* (‘asador, clavija’), a su forma de hierro largo y delgado, pasó, por su cruce con *cerrar*, a referirse a la función del artefacto.

deformación léxica orientada; esa ubicación con relación a los otros modos de transformación significa un conjunto de rasgos propios y de diferencias que le confieren su carácter peculiar.

Por la estrecha proximidad que guarda con la deformación caótica (las dos son deformaciones), ambos procedimientos han solido ser tratados indiscriminadamente como un todo, entreverándose ejemplos de una y otra transformación: en la bibliografía examinada, es ése el caso en la mayor parte de los autores¹⁵. Ello significa que, en general, no se ha apreciado la verdadera dimensión de esa técnica, en que radican todas sus potencialidades como recurso lleno de contenido.

En contraste con la deformación caótica que —como hemos establecido— se detiene en la deformación en sí misma y su producto sólo vale cuanto desfiguración del término afectado, pues ni el producto ni el segmento con que se altera tienen lugar autónomo en el repertorio de la lengua (*caráspita* existe sólo como deformación de *carajo*, y el segmento *-áspita*, *-spita*, o cual sea, existe sólo como formante que se apone en alguna forma a *carajo* para deformarlo¹⁶), la deformación orientada dirige su transformación del término afectado hacia la mira de un término que tiene su existencia en la lengua de modo enteramente independiente del “primitivo” de que ahora parecería siendo una transformación morfológica.

botella en sustitución de *botado* (en construcción como “quedarse *botella*” por “quedarse *botado*” ‘... abandonado, desairado’) implica que la transformación de *botado*, si bien irregular (no se ajusta a ninguna regla morfológica) y deformativa (apunta a un encubrimiento del término original por distorsiones formales), se orienta en el sentido de otro término ya existente en la lengua, que le sirve de molde que guía su metamorfosis. Es como si *botella* atrajera hacia su modelo la deformación de *botado*, deformación que, por carecer de fórmula regular, parecería inicialmente dispersarse

¹⁵A las deformaciones caóticas entreveradas con orientadas puestas antes añado: *caray*, *demonche*, *demontre*, *diantre*, *pardibre*, *pucha*, de Cuervo; *córcholes*, *mecachis*, de Beinhauer; *cortiñán gordemi*, *hambrusia*, *solibio*, de Rodríguez Herrera.

¹⁶Al no existir un módulo de transformación transparente por sí mismo que una el término originario con su deformación, es sumamente fácil que se pierda pronto la conciencia del vínculo que conecta a ambos, con lo cual la deformación pasa a constituirse en expresión designativa enteramente autónoma, carente de marcas que lo caractericen como miembro de un conjunto de transformaciones: cuántos tendrán la certeza de que en ‘*córcholes*’ tenemos la deformación de *coño* y *cojones*, según establece Beinhauer; en el otro extremo, en cambio, *costalazo* contiene la impronta neta que lo señala como una transformación, un derivado, aunque no es para todos igualmente evidente cuál sea el “primitivo” ni qué valor tenga.

caóticamente; ello, en circunstancias de que entre *botella* y *botado* no existe vínculo morfológico alguno, sino sólo una muy parcial similitud sonora.

El éxito de efecto del recurso afinca en que, en el lugar sintáctico en que se esperaría un término previsto, aparece en cambio otro que no guarda ninguna relación de contenido con el primero, pero que porta suficientes rasgos fónicos afines con aquél como para estimársele formalmente un miembro anómalo de la misma familia léxica. En ese plano tenemos una sustitución que elude el nombre propio por la vía de su deformación en el sentido de otro término preexistente.

El resultado es siempre el estupor por la presencia imprevista: el trueque de términos viene dado en un punto sintácticamente débil, esto es, donde la presencia del nombre propio es de todo rigor dada la estructura consabida del decurso sintáctico, de forma que una sustitución en ese lugar es totalmente imprevisible (“Muy calladito, pero se pescó un reloj de puro *orégano*”); luego la reacción festiva por la absoluta desconexión semántica entre el elusivo y el eludido (*orégano* está al otro lado del mundo de *oro*). Cierto que tales valores suelen amortiguarse por la frecuencia del uso del mismo elusivo para el mismo nombre propio (“¿Cómo te *baila*?” por “¿Cómo te *va*?”); pero mientras no se llegue a una lexicalización total del sustituyente (por caso, el *pagano* de la Academia, registrado como formación normal de *pagar*), aquellos valores están siempre presentes en algún grado, dada la mera virtualidad de la sustitución.

CONDICIONES Y LIMITACIONES DE LA ELUSIÓN

La eficiencia del recurso radica, pues, en la existencia de cierto volumen de material fónico común al eludido y al elusivo junto con la falta total de nexos lexicogenéticos, que es lo que permite la más completa disparidad de contenido semántico entre ambos; de no continuar vigente la distancia semántica que separa a eludido y elusivo, ambos términos pasarían a pertenecer histórica o factualmente a la misma familia léxica y uno sería (o sería sentido como) un derivado formal del otro¹⁷.

Estas circunstancias confieren su limitación al ejercicio del re-

¹⁷Es el caso, precisamente, del *pagano* académico. Su temprano y persistente empleo como elusivo de *pagar* llevó a hacerlo sentir como verdaderamente derivado de éste y miembro de su familia léxica; con ello perdió su virtualidad de juego verbal y pasó a ser el nombre propio de ‘el que corre con las costas’; a partir de ese momento, pues ese campo semántico es particularmente proclive a tales juegos verbales, se hizo imperioso el recurso de una nueva sustitución, y *pagano* pasó a *Paganini*.

curso: no es fácil —particularmente en una lengua como la nuestra, de tan sostenida tradición unilingüe indoeuropea latina— disponer de material que cumpla con tales condiciones para el juego verbal, esto es, similitud en el área que comprendería aproximadamente la raíz léxica junto con una ancha divergencia semántica; o sea, en buenas cuentas, voces parónimas sin vínculo etimológico alguno.

Cierto que el factor determinante es justamente esa divergencia semántica, de manera que es posible que entren en este juego de sustitución voces que, si bien comparten una fuente etimológica común, han venido a desarrollarse en direcciones semánticas tan dispares, que para el común de los hablantes no tiene la menor vigencia su unidad de origen y son tenidas por absolutamente distintas. Así, por caso, *novillo* es un legítimo elusivo de *novio* para estos fines (“¡Y aquí viene el *novillo!*”), a pesar que ambas voces remontan a *novus*; igualmente *acordeón* ← *acuerdo* (“¿De *acuerdo?* —De *acordeón?*”), de *accordare*; *clarín* ← *claro* (“¡*Clarín, clarín, pues!*”), de *clarus*; *bandeja* y *bandera* ← *banda* (“Irse en *bandeja*” o “en *bandera*” por “Irse en *banda*”, ‘en falso’), del gótico *bandwô*. Incluso términos cuyo vínculo morfológico responde a reglas vigentes de transformación regular pueden también hacerse presentes en este juego; así, *posteridad* ← *posterior*, ‘trasero’, que recoge Beinhauer, es un caso legítimo de nuestro recurso en vista del hiato semántico que separa ambos términos.

Ello aumenta el caudal de material léxico disponible para el caso, pero no en forma sensible: la disociación extrema de voces genéticamente afines en los términos descritos es una eventualidad más bien infrecuente, además de estar contrarrestada por la tendencia de dirección opuesta, cual es la asociación de voces que, siendo de diverso origen, ofrecen una fisonomía sonora parecida: se tiende a estimarlas cognadas, lo que conduce a alterar la significación de una de ellas para aproximarla a la de la otra o a explicarse la significación divergente por un rodeo artificioso, a menudo con sacrificio del cuerpo sonoro de las voces, caminos éstos de la llamada “etimología popular”. Así, *botarate*, que incluso llegó a usarse como elusivo de *botar*, con el valor de ‘derrochador’ (“¡Cómo no iba a llegar a esto, con todo lo que recibió, si es un *botarate!*”), signo de la disparidad semántica, ha terminado por entenderse como cognado de *botar*, de forma que, de su primitiva acepción de ‘necio, atolondrado’, ha pasado a significar realmente ‘derrochador, el que *bota*’.

EL NOMBRE PERSONAL

Es por ello que se da en esta suerte de juegos elusivos la alta fre-

cuencia de empleo de los nombres personales (en que queremos comprender no sólo los antropónimos, sino todo orden de nombre individual), al punto de que nuestro procedimiento ha llegado a describirse como privativo del campo de esos nombres. El caso, en verdad, es que la clase de los nombres personales ofrece, a falta de un surtido di ponible de voces de significante similar y desigual significación aptas para la sustitución elusiva, todo un cuadro de las más variadas combinaciones sonoras, carentes de significación profunda, útiles, por lo tanto, para entrar como sustitutos en múltiples eventualidades del juego de elusión.

El modo de significar del nombre personal es cortical (de superficie) y horizontal, puramente designativo y distintivo, frente a la significación profunda y vertical, categorial y descriptiva del nombre común. El nombre personal no "dice" nada de las cosas a que se aplica: es una simple marca superficial adherida para individualizar cosas puestas indiscriminadamente en un mismo plano, con una función meramente indicadora que hace las veces del dedo que muestra para distinguir a éste de este otro. Los *Pedros* no comparten ningún rasgo en común que justifique el portar el mismo nombre. El nombre común, en cambio, penetra en las cosas y descubre de ellas un haz de rasgos por los que se ordenan en clases de cosas que comparten esos rasgos; al tildar de *mesa* una cosa, no sólo la insertamos en la clase *mesa* de cosas, sino que "decimos" de ella un conjunto de caracteres que la configuran, describiéndola. De este orden de significación carece el nombre personal o, si la posee por razones etimológicas, no es eficiente para su función de nombre personal, e incluso estorba. Ni las *Virginias* son necesariamente *vírgenes*, ni los *Teófilos* necesariamente 'piadosos'. De este modo, con los nombres personales se dispone de un apreciable caudal de voces que ofrece un variado surtido de combinaciones sonoras, las que si no divergen semánticamente de sus voces afines, están sí, digamos, vacías de significación y aportan en este juego elusivo su particular condición de ser sólo nombres personales.

Así se da incluso el caso de emplearse como elusivo un nombre personal de la misma familia léxica del eludido, cual acontece precisamente con *Virginia* ← *virgen* ("Aunque no te lo creas, está *Virgen* y pierdes tu tiempo"), sin que el efecto general del recurso sufra menoscabo: ambas voces pertenecen a campos del significar diametralmente opuestos, en el sentido señalado.

Esta condición general del nombre de persona que lo convierte en una despensa de combinaciones fónicas sin significación profunda, disponibles para el juego léxico, está multiplicadamente incrementada en nuestra lengua por el hecho de haber asimilado ella en distintos momentos de su historia un ingente caudal de nombres personales de muy variado origen, sin conexión con el vocabulario

básico latino. Los nombres hebreos, griegos, germánicos, árabes, vascos aumentaron la onomástica hispana —que por su fuente estrictamente latina era pobrísima—, aportando un volumen de voces donde se repiten combinaciones fónicas de los radicales del vocabulario latino, pero sin conexión semántica con él. A este mismo pozo vino a dar el aporte onomástico —principalmente toponímico— de nuestras lenguas americanas.

De todo ello surgen, pues, los *Calleuque* ← *callar*, *Federico* ← *f^{co}*, *Mahuenda* ← *malo*, *Getulio* ← *jetón* ('necio'), *Aguirre* ← *agarrar*, *Pacomio* ← *paco* ('policía'), *Putifar*, *Putando* ← *puta*, *Pichidanguí*, *Pichidegua*, *Pichil*, *Pichilemu* ← *pichi* ('orina'), *Rogelio* ← *rojo* ('comunista'), *Mateo* ('estudioso') ← *mate* ('cabeza')

Aquella heterogénea incorporación antigua de nombres personales de variado origen en el español es posible precisamente por la función puramente designativa y distintiva del nombre personal, que aparece adherido a las cosas particulares (hombres y mujeres, animales domésticos, rasgos geográficos, etc.) para marcar su individualidad: esas cosas continúan portando su propio nombre personal sea cual sea la lengua en la que se las interpela. En tal sentido, puede incluso decirse que el nombre personal no es "lengua", en cuanto no se somete a la conversión de código en el paso de una lengua a otra. Una *mesa* española es una *table* francesa; pero un *Pérez* español lo sigue siendo en francés, o se procura que lo siga siendo. Cierto que las combinaciones sonoras presentes en tales nombres, así como los segmentos con que suelen componerse los nombres patronímicos y gentilicios permiten identificar la lengua de que ellos proceden; pero "traducir" *Blumen* en *Fiori* y éste a su vez en *Flores* no pasa de ser una chuscada, pues envuelve la presunción de que el nombrado guarda alguna relación verdadera con eso de las flores, a menos que haya el culpable propósito de velar el origen genealógico.

Por este camino del frecuente recurso al nombre personal como elusivo, se llega al extremo de la "apellidación" del nombre común por el procedimiento de conferirle la fisonomía de nombre personal por el añadido de marcas que figuran característicamente en apellidos. Tal desfiguración es muy fácil hacia apellidos de apariencia italiana, pues funciona como marca sintomática de ellos la *-i* final o un segmento terminado en *-i*. Así, frente a los *Frescobaldi*, *Puccini*, *Stafini*, apellidos genuinos de fácil pendiente hacia *fresco*, *pucho* ('colilla del cigarrillo'), *fino*, para actuar como elusivos de éstos, surgen los facticios *Baratieri*, *Barattini*, *Fracasini*, *Fumasoli*, *Vivarini*, *Frescolini*, que son sólo "apellidación" artificial de *barato*, *fracaso*, *fuma solo*, *vivo*, *fresco*.

SUSTITUCIÓN O DEFORMACIÓN

Lo que cumple plantearse es si en este recurso elusivo tenemos realmente una sustitución o una deformación morfológica. Dado el caso que se trata de planos diferentes, no hay verdadera incompatibilidad entre ambas alternativas: sea cual sea su origen, *mala* y *maleta* son formas distintas, de modo que emplear una en fórmula donde cumple la otra comporta una sustitución, cual en "Dar un golpe a la *maleta*" por "a la *mala*" ('alevosamente'). La cuestión en verdad es, pues, si tenemos o no una operación morfológica, esto es, si, en nuestro ejemplo, *maleta* se genera por deformación de *mala*.

Filogénicamente no hay lugar a dudas: no sólo *mala* y *maleta* pertenecen a familias léxicas diferentes, sino que, además, proceden de fuentes lingüísticas heterogéneas, latín y fránico respectivamente. Pero al mismo tiempo es cierto que la ocurrencia de *maleta* en el decurso concreto en que aflora como elusivo de *mala* se gesta a la manera de una transformación morfológica de éste en aquél.

Desde luego, el modo indirecto de elusión se apoya en que eludido y elusivo comparten cierto cuerpo sonoro común que permite inequívocamente la evocación del primero por el segundo; este segmento común está situado precisamente en el lugar de mayor gravitación informativa de ambos términos: sus tramos iniciales, de forma que lo que se espera a continuación de ello es la obvia terminación y las marcas categoriales gramaticales. Pero es justamente allí, en cambio, donde se desencadena la deformación, que, según hemos visto, puede tomar dos direcciones distintas: *mala* → *malila* (caótica), *maleta* (orientada); la primera posibilidad, precisamente, que vale sólo por su deformación del término inicial y carece de otra existencia, muestra bien cómo también en la segunda posibilidad estamos ante el fruto de una deformación, sólo que aquí atraída en el sentido de un modelo preexistente. El cotejo de ambos términos, eludido y elusivo, muestra que, de norma, el segundo es de mayor envergadura que el primero, partiendo de una base común; es ésta una relación característica de los vínculos derivacionales: el derivado ofrece una carga sufijal de que carece el primitivo. El elusivo tiene la fisonomía, pues, de un aumento sufijal, si bien de tipo anómalo.

EL CAMPO MORFOSINTÁCTICO

Las consecuencias del proceso son complejas. Hecha presente la forma sustituta, ella aporta el contenido que le corresponde como voz autónoma y se produce un sutil deslizamiento semántico de vaivén entre el valor referencial y el de contenido: *orégano*, por caso, juega allí entre su referencia a /oro/ y su contenido 'orégano'. Pero el sustituto aporta también sus propias categorías morfosin-

tácticas, esto es, su propia esfera de uso. Si sustituto y sustituido pertenecen exactamente a la misma clase gramatical, la conmutación es trivial en ese terreno; pero cuando no se da el caso, se producen colisiones que desintegran las barreras morfosintácticas generando construcciones anómalas de todo orden.

El problema está en que, al paso que los términos elusivos son casi en su totalidad nombres (sustantivos, también adjetivos), no siempre se trasluce totalmente a qué categoría gramatical pertenece el eludido, del cual sólo trasciende en ocasiones la raíz léxica.

En una construcción como "Y bueno: ahora está *precioso*" es transparente el eludido *preso*; pero en "¡Cuidado, cuidado, que viene *Miranda!*" / "Y tú, ¡*Miranda!*", uno vacilaría entre valores como '... que nos *miran*' y '... que viene un *mirón*', para el primer caso, si bien en el segundo estaría claro un 'Y tú, ¡*mira* nada más!'. Apareciendo en ambos una versión verbal, podríamos inclinarnos a la interpretación *Miranda* ← *mirar*, con que tendríamos la monstruosidad de un verbo sustituido por un nombre, lo que se traduce en la construcción totalmente anómala del segundo ejemplo: un imperativo verbal expresado por un nombre personal.

Ahora bien, si cotejamos las construcciones paralelas "Va a *Ori-noco*" y "Va a *Pichidangui*", podemos perfectamente restituir para el primero el eludido "Va a *orinar*": *Orinoco* ← *orinar*; pero para el segundo no podemos realizar pareja restitución, pues *pichi* ('orina') carece de clase verbal (*pichar* no tiene vigencia), de forma que concederíamos que ella significa 'va a hacer *pichí*' = 'va a orinar', pero la fórmula de transformación sólo podría ser aquí *Pichidangui* ← *pichi*.

Estas consideraciones nos permiten extraer las siguientes consecuencias: a) que se impone distinguir entre la significación y el significado de un término elusivo, si bien ambos momentos suelen recubrirse enteramente. Así, por caso, en "Aquí viene *Guajardo*", el elusivo remite hacia las potencialidades comprendidas en la onomatopeya *guaj* del vómito, pero el significado concreto sería 'vuelve de vomitar'; b) que, al configurarse el sustituto tras la deformación del sustituido, trae aquél consigo sus categorías morfosintácticas y virtualidades de empleo, que se suman a las del segundo para delinear un campo de empleo sintáctico de extensión desmesurada. Un *Soltánovich* (apellido) en función de elusivo de *soltar* ('pagar'), no se desprende de sus virtualidades de uso como nombre personal, al propio tiempo que gana las de *soltar* y todas sus variantes morfológicas. De este modo se lo encuentra en construcciones como: "Ya, pues, *Soltánovich*", "Y él, *Soltánovich*", "¡Qué!, ¿me crees un *Soltánovich*?", "¡Yo no me llamo *Soltánovich!*", "Buena cosa con el *Soltánovich*", "Me quisieron poner *Soltánovich*, pero me cambié de apellido", etc.

PROPÓSITOS DE LA DEFORMACIÓN

— Humorístico, hermético.

El propósito que anima la utilización del recurso es un punto que, como todos los de finalidades en cuestiones lingüísticas, ha sido muy confusamente tratado: se han entreverado, en general, lo que podríamos llamar causa material, causa final y factores concomitantes. Así, e ha estimado como propósito la elusión misma, que no es sino el vehículo para la finalidad buscada, o el donaire humorístico, que muchas veces es sólo un rasgo complementario. Cumple, pues, hacer ciertas precisiones.

La elusión es un supremo recurso de la expresión lingüística para liberar determinados efectos en conexión con el que hemos llamado "valor de elusión". El rehuir el nombre propio se presenta en campos tan opuestos y con propósitos tan dispares como el dominio de las ciencias y el de la creación literaria. En el primero, se utiliza para obtener la acribia aneja a una taxonomía depurada; en el segundo, para despertar asociaciones reveladoras en la aprehensión del mundo.

La elusión mediante la deformación orientada, en particular, muestra especial eficiencia en los propósitos humorísticos, herméticos, eufemísticos.

El valor humorístico está indisolublemente vinculado con nuestro procedimiento, sea como propósito central, sea como instancia accesoria a otros fines. *Niágara* por *nada*, *paquidermo* por *paco* ('policía') son festivos en cualquier caso, antes que se desvirtúen por lexicalización.

Es la eventualidad de deformaciones no inmediatamente transparentes, sea por lo insólito del nexos, sea porque el eludido ya contiene una elusión en sí, lo que hace a esta técnica eficiente para los fines herméticos, es decir, para el lenguaje secreto o del disimulo; ciertamente, no con tituye de por sí un léxico hermético, sino que aporta su peculiar modo de eludir el nombre propio para configurar ese léxico, alternando con otras técnicas. Ocurre con frecuencia, como lo veremos, en las jergas de los grupos marginales de la sociedad.

Eufemístico: el tabú lingüístico.

El empleo más característico, en realidad, de los recursos elusivos es con propósitos eufemísticos, en relación con el llamado "tabú lingüístico".

Es cierto que hay un segmento del léxico cuyo empleo procura rehuirse en determinadas circunstancias por distintos motivos. El campo semántico de ese léxico es mayoritariamente el complejo se-

coexcretor e instancias como la muerte y las figuras sagradas; para la referencia a esos campos se forjan sucedáneos léxicos que reemplazan a los términos pertinentes consabidos. Ello muestra que lo que se procura es rehuir la utilización de ciertas expresiones más bien que evitar la mención de tales esferas, pues mediante los sustitutos la referencia se acepta pacíficamente.

En conexión con una supervivencia de la facultad mágica del lenguaje (las palabras no sólo nombran, sino que también convocan a las cosas nombradas), los términos tabú muestran poseer un rasgo suplementario que fuerza a eludirlos en circunstancias inapropiadas: lo quisiéramos llamar "valor de participación". Esto es, tales términos no agotan su virtud con designar cosas situadas en la periferia de nuestro campo personal: añaden una acotación sobre la medida cómo ellas nos tocan, nos afectan, se incrustan en nuestra vida; las cosas mentadas con tales palabras no quedan ya al lado de afuera, sino que nos envuelven y comprometen en las asociaciones que despiertan y traen consigo, mostrando cómo participamos en ellas.

Esto es muy transparente en un campo como el sexual, donde existe en cada comunidad un nutrido vocabulario consabido de gran frecuencia de uso general. Cuando el fisiólogo explica a sus alumnos instancias de ese campo, emplea una nomenclatura que en muchos puntos comporta la elusión del correspondiente término en circulación; el valor de elusión en tales casos neutraliza el valor de participación del término tabú y se logra un alejamiento de la cosa mentada y una referencia impersonal a ella, cuanto hecho objetivo que no nos alcanza. El empleo en una situación así de los términos eludidos, en cambio, suscitaría una red de connotaciones de participación en el contenido de lo descrito: interés, tentación, fruición, sugerencia, etc.

La deformación orientada ofrece allí para el uso coloquial una amplia gama de creaciones netamente eufemísticas: *teteras*, *juego de té* ← *tetas*, *Cornelio* ← *cornudo*, *huemul* (un ciervo) ← *huevoón* ('necio'), *Zenón* ← *seno*, *miércoles*, *mi hermosa patria* ← *mierda*, *mariposa*, *mariposón*, *marinero*, *marisco*, *Mario Constantino* ← *maricón*, *Silfide* ← *sífilis*, y así.

Alusivo

Fruto incidental de este mecanismo de elusión es lo que podría estimarse su propósito inverso: la alusión. Puesto que se elude el nombre propio deformándolo en la dirección de otro nombre conocido, pero conservando suficientes indicios fonéticos como para que se pueda evocar el nombre eludido e identificar rectamente la cosa referida, es factible pasar a una utilización del mismo mecanismo, no para ocultar el nombre propio, sino justamente para aludir

a él, en forma suficientemente clara para que se reconozca, y suficientemente velada para que se manifieste el ánimo de no desencadenar todas las asociaciones que el término propio comporta: esto es, permanece vigente el valor de elusión.

Tal uso es muy propio del léxico tabú, particularmente en niveles de cultura lingüística que presumen el conocimiento del correspondiente léxico técnico para referirse a aquellos campos: entre el nombre propio usual y el término técnico, la utilización de un elusivo del primero delata la maliciosa intención de aludirlo con que entra a compartir parcialmente el carácter de tabú vitando del primero. "Le fregaron los *coquimbanos* (gentilicio) jugando fútbol" está a medio camino entre el neutro *testículos* y el "obsceno" *cocos*; pero alude más bien, aunque morigeradamente, a este último nombre.

RENDIMIENTO Y PRODUCTIVIDAD DE LA DEFORMACIÓN LÉXICA ORIENTADA: LA PRUEBA DEL COA

Llegado este punto se quisiera tener un testimonio del rendimiento real y la vigencia de un recurso que nos ha ocupado en tantos aspectos. Es lo cierto que, conocido su mecanismo y los propósitos últimos con que puede ser utilizado, se dispone de una clave que se muestra altamente productiva para desentrañar creaciones léxicas; al no contar con ella, infinidad de formaciones que se iluminan con su virtud clarificadora han querido interpretarse por muy torcidos caminos, que desembocan en proposiciones pueriles.

He examinado unas listas de expresiones que se fueron publicando durante un breve período en una revista santiaguina, hoy desaparecida; se presentaban como muestras del *coa* (la jerga hermética chilena del delito), ordenadas por uno que perteneció al oficio (Alfredo Gómez Morel, que se firmaba con el anagrama Alzemog). Del volumen de expresiones que alcanzó a salir en las sucesivas entregas, más de un 20% obedecía a una elusión por deformación orientada, pero sólo una mínima parte era explicada por el recopilador por esa vía. Recojo aquí lo detectado en el examen de unas 150 expresiones.

Aristarco ← arisco
 atrévete (= atraviésate) ← atrévete
 bagatela ← vago
 botella ← bota 'policía'
 botero ← (bote ←) bota 'policía'
 botica ← bobo 'reloj'
 boticario ← (botica ←) bobo 'reloj'
 botón ← bota 'policía'

bronquitis ← bronca
 cabritilla ← (cabrero ←) cabrón 'cobarde'
 cachimba ← cachiporra 'valentón'
 cachimbero ← (cachimba ←) cachiporra 'valentón'
 Camelia ← cama
 canapé ← cana 'cárcel'
 canasta ← cana 'cárcel'
 canastero ← (canasta ←) cana 'cárcel'
 candil ← candado
 cangrejo ← candado
 Catalina ← cana 'cárcel'
 caturro ← cotorra 'hablador'
 Cayetano ← callar
 cazuela ← casualidad
 cazuelero ← (cazuela ←) casualidad
 Clotilde ← clotiar (= clotear) 'frustrarse'
 cucharón ← corazón
 chirigota ← chileno
 dedal ← dedo 'carterista'
 Don Julio ← julero (= fulero) 'falso'
 durazno ← duro
 Emiliano ← mil
 Esaúl ← ése es¹⁸.

MUESTRARIO

Como muestrario pongo un elenco de expresiones que comportan una operación de deformación léxica orientada, recogidas del uso coloquial habitual en Chile; añado las anotaciones suficientes para su comprensión. Se excluyen las estampadas en la lista anterior.

| | |
|-----------------|------------------|
| Abelardo | ← lerdo |
| acordeón (de —) | ← acuerdo (de —) |
| Aguirre | ← agarrar |

¹⁸En este mismo campo, ARNULFO TREJO D., en su *Diccionario etimológico latinoamericano del léxico de la delincuencia* (México, UTEHA, 1968), ha reconocido "paronomasias": *al rayo* ← *al rato*; "seudoetimologías": *canasta* ← *cana*, *Silverio*, *Simón*, *cintas* ← *si*; "personificaciones": *Gilberto*, *Hermenegildo*, *Gilberto* ← *gil* (p. xxv).— El artículo de Lira Urquieta citado antes aparece incluído ahora en sus *Estudios de vocabulario* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1973), pp. 228-229. En el suplemento dominical de *El Mercurio: Revista del Domingo* (16-XI-1973), p. 13, ha salido un artículo sin firma con el título de "Palabras en libertad", que consiste en un allegamiento de usos elusivos populares de las más dispares índoles, cuanto sintoma de cómo "El pueblo... interfiere (sic) con alegría el interior (sic) de las palabras extrayéndole nuevos jugos"; se recoge hasta una veintena de deformaciones orientadas fundadas en apellidos genuinos o artificiales.

| | |
|----------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Alamiro | ← álamo 'alto' |
| Alberto | ← alerta |
| Albornoz | ← a vos no '¿y tú no?' |
| aloja | ← aló |
| Ambrosio | ← hambre |
| anchoa | ← ancho |
| Arturo | ← al tiro 'inmediatamente' |
| asesinos | ← ases |
| Avilés | ← hábil |
| baila | ← va ("¿cómo te baila?") |
| baldosa (de -) | ← balde (de -) |
| bandeja (en -) | ← banda (en -) 'en falso' |
| bandera (en -) | ← banda (en -) 'en falso' |
| Baquedano | ← vaca 'torpe, necio' |
| baquiano | ← vaca 'torpe, necio' |
| Bobadilla | ← bobo |
| botella | ← botado 'abandonado, desairado' |
| bronquitis | ← bronca |
| Cabrero (topónimo) | ← cabrear 'hastiar, fastidiar' ("compra boleto para Cabre- ro, mejor", 'deja de molestar') |
| Cafiaspirina (analgésico) | ← cañiche |
| California | ← caliente 'rijoso' |
| Calmatol (marca de un fár- maco analgésico) | ← calmado |
| Calleuque (topónimo) | ← callar |
| Canadá | ← cana 'cárcel' |
| canasta | ← cana 'cárcel' |
| cañonazo | ← cañazo 'trago' |
| cartucho | ← cartón 'ingenuo, virgen' |
| cartulina | ← cartucho 'virgen' |
| Casanova | ← casa ("¡un Casanova, mozo!", 'una botella de vino de la casa', esto es, 'a granel') |
| Casanova | ← casar ("ahora es Casanova, pues", 'se casó') |
| Casimiro 'miope' | ← mirar |
| Cayetano | ← callar |
| Cayetano | ← calloso |
| cazuela | ← casualidad |
| clarín | ← claro |
| Clorinda (marca de una so- lución de cloro para el aseo) | ← cloro |
| cochero pare | ← conch'e tu mare (epíteto ofen- sivo) |

| | |
|-----------------------------------|----------------------------------------|
| Combarbalá (topónimo) | ← con barba 'barbudo' |
| Conejeros | ← conejo 'ingenuo' |
| con formón | ← conforme |
| conciencia | ← concha 'vulva' |
| con pipa | ← compadre |
| consolara | ← condenara |
| Contreras | ← contrariar |
| contumelia | ← concha 'vulva' |
| coquimbano (gentilicio) | ← coco 'testículo' |
| ¿corazón? | ← ¿qué horas son? |
| Cornelio | ← cornudo |
| costillas | ← costas |
| cuadros | ← cuatros |
| cuarterola | ← cuarto 'cuatro de dados' |
| cucharón | ← corazón |
| curagüilla 'sorgo' | ← curado 'ebrio' |
| cureña | ← curado 'ebrio' |
| Curiñanque (topónimo) | ← curado 'ebrio' |
| Chabela (hipocorístico de Isabel) | ← chao 'adiós' |
| chicha (bebida fermentada) | ← chucha 'vulva' |
| choco 'mutilado' | ← cheque |
| chocoso (una clase de pan) | ← cheque |
| chorizo | ← choro 'vulva', 'guapo; interesante' |
| choroy (un pájaro) | ← choro 'vulva', 'guapo; interesante' |
| chupalla (sombrero de paja) | ← chucha 'vulva' |
| churrasco | ← chucha 'vulva' |
| Demetrio | ← de metro (para exaltar la virilidad) |
| dieta | ← diez |
| Dorila | ← dos |
| duque | ← dos |
| Federico | ← feo |
| Feliciano | ← feliz |
| Getulio (tb. - Vargas) | ← jetón 'necio' |
| Gilberto | ← gil 'necio' |
| Guajardo | ← guaj (onomatopeya del vómito) |
| guasteca | ← guaso 'rústico' |
| Hermosilla | ← hermosa |
| Holanda | ← hola |
| huemul (un ciervo) | ← huevón 'necio' |
| Jerónimo | ← género ("sin Jerónimo de duda") |

| | |
|-----------------------------|-----------------------------------------------|
| juego de té | ← tetas |
| Juliano | ← julero (= fulero 'tramposo') |
| Justiniano | ← justo |
| Lauca (hidrónimo) | ← luca 'mil unidades de dinero' |
| Leocadia | ← ioca |
| Lezana | ← leso 'necio' |
| libreta | ← libre (término del fútbol) |
| listón | ← listo 'sagaz, diligente', 'pronto' |
| Lucrecia | ← luca 'mil unidades de dinero' |
| lucha | ← chucha 'vulva' |
| Machuca | ← machucar 'hostigar, insistir', 'golpear' |
| Mahoma | ← más o menos |
| mahometano | ← más o menos |
| maleta (a la —) | ← maia (a la —) 'alevosamente' |
| maleta (de —) | ← mala (de —) 'con mala suerte' |
| Maluenda | ← malo |
| manopla | ← mano |
| Manuela 'masturbación' | ← mano |
| máquina | ← madre |
| marinero | ← maricón |
| Mario Constantino | ← maricón |
| mariposa | ← maricón |
| mariposón | ← maricón |
| mariscal (plato típico) | ← marisco |
| marisco | ← maricón |
| Mateo 'estudioso, aplicado' | ← mate 'cabeza' |
| Medina | ← mediano |
| Miami | ← mear |
| miércoles | ← mierda |
| mi hermosa patria | ← mierda |
| milico 'militar' | ← mil |
| Miranda | ← mirar |
| Morandé | ← morado |
| mortadela | ← muerto |
| mosaico | ← mozo |
| naípe | ← nada |
| nalga | ← nada |
| naranjas | ← nada |
| Niágara | ← nada |
| nones | ← no |
| novillo | ← novio |
| no vio | ← novio |
| Novoa | ← noveno 'nueve' |
| Novoa | ← novio |

| | |
|---------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Ochoa | ← ocho |
| Onofre | ← ¿o no? |
| orégano | ← oro |
| Orinoco | ← orinar |
| Pacomio | ← paco 'policía' |
| Paganini | ← (pagano ←) pagar |
| papaya | ← papa 'embuste, patraña'; 'fácil, elemental' |
| paquidermo | ← paco 'policía' |
| paraguaya | ← parado 'de pie' (con referencia a una forma del juego sexual) |
| Pelópidas (en —) | ← pelotas (en —) 'desnudo' |
| pensamiento | ← penca 'pene' |
| Pepe | ← pene |
| Pezoa | ← pesado 'fastidioso' |
| picota | ← picado 'enfadado, irritado', 'agriado' |
| Pichidangui (topónimo) | ← pichí 'orina' |
| Pichidegua (topónimo) | ← pichí 'orina' |
| Pichil (topónimo) | ← pichí 'orina' |
| Pichilemu (topónimo) | ← pichí 'orina' |
| plateada (nombre de una presa del animal de carnicería) | ← plata 'dinero' |
| Poblete | ← pobre |
| Porfirio | ← porfiado |
| precioso | ← preso |
| Prometeo | ← prometer |
| Purísima | ← puta |
| Putando (topónimo) | ← puta |
| Putifar | ← puta |
| químico 'judío' | ← ¿quí mi cointas? (= ¿qué me cuentas? Remedo de la pronunciación de los judíos de procedencia alemana) |
| quinas | ← quinto 'cinco de dados' |
| Quintanilla | ← quinto 'cinco de dados' |
| ratón | ← rato |
| reconciliara | ← recondenara |
| Riquelme | ← rico |
| Rogelio | ← rojo 'comunista' |
| ruedas | ← huevas 'testículos' |
| sapo 'golpe de refilón en el juego del pimpón' | ← zap (onomatopeya del golpe rasante) |
| Sapolio (marca comercial de un producto de aseo) | ← sapo 'mirón, fisgador' |

| | |
|------------------------|---------------------------------------------------------------|
| Sigfrido | ← sí |
| Silfide | ← sífilis |
| Soltánovich (apellido) | ← soltar 'pagar' |
| Tancredo | ← crédulo |
| Tancredo | ← cretino |
| ternera | ← ternada 'terno: juego de ropa exterior masculina' |
| teteras | ← tetas |
| tirante (al —) | ← tiro (al —) 'inmediatamente' |
| Titicaca | ← caca |
| Tongoy | ← tongo 'trampa' |
| torreja | ← atorrante |
| Tranquilino | ← tranquilo |
| trenes | ← tres |
| trinitarios | ← tres |
| Tristán | ← triste |
| triste | ← tres |
| único | ← uno |
| unión | ← uno |
| vagoneta | ← vago |
| Valdés (de —) | ← balde (de —) |
| Valdivia (de —) | ← balde (de —) |
| Vanzetti | ← van siete 'siete de dados' |
| vela (otra —) | ← vez (otra —) |
| verdura | ← verdad |
| Vivaceta | ← vivo |
| Virginia | ← virgen |
| Vivanco | ← vivo |
| Zacarías | ← sacar |
| zapallo | ← sapo 'golpe de refilón de la pelota en el juego del pimpón' |
| Zapiola | ← sapo 'mirón, fisgador' |
| Zenón | ← seno |